

bam
bú



**La pequeña
coral de la señorita
Collignon**

Lluís Prats

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2012, Lluís Prats
© 2012, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambuamerica.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Jordi Vila-Delclòs

Primera edición: mayo de 2012
ISBN: 978-84-8343-222-8
Depósito legal: B-13689-2012
Printed in Spain
Impreso en

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

1. La maestra

*M*ademoiselle Collignon era francesa y era maestra. *Mademoiselle* en francés significa señorita. Así pues, la señorita Collignon era maestra de Francés porque lo hablaba, y de Música porque, siendo joven, había tocado el piano. Trabajaba en un colegio de la zona alta de Barcelona desde hacía tanto tiempo, que nadie recordaba cuándo había empezado.

No era alta ni baja, no era gorda ni delgada, tampoco fea ni guapa. Era muy normal y todo en su vida era así, muy normal. Casi nada destacaba en la biografía de la señorita Collignon. Si me preguntaran, diría que tan solo su peinado y sus cabellos, que habían sido del color del cobre, le daban un poco de personalidad, pero poco más. Sin embargo, cuando empieza esta historia, el color del cobre que lucía era de peluquería, pues la señorita Collignon contaba sesenta y dos años de edad y hacía mucho tiempo que sus cabellos habían perdido el brillo de la juventud.

Vestía de un modo sencillo y sin estridencias. Habitualmente con falda azul o gris, aunque a veces había aparecido por la escuela con pantalones, pero muy esporádicamente. Desde hacía más de treinta años acostumbraba a llevar jerséis muy gruesos durante el invierno y, aunque ahora ya había calefacción en las aulas, ella seguía con su costumbre de abrigarse muy bien, recordando el frío que había pasado años atrás en el colegio de la Bonanova, cuando comenzó su labor como maestra.

La señorita Collignon había llegado a la ciudad de Barcelona hacía casi cuarenta años, y durante un buen puñado de ellos había impartido clases de Francés y de Música. En su juventud había sido pianista. Algunas de sus compañeras decían que incluso había tocado *jazz* en un conocido café de París al que acudían todas las estrellas de Hollywood, una afirmación que nadie sabía si era cierta. De hecho, de su historia personal, quienes más la conocían solo sabían que había llegado a Barcelona en busca del amor de su vida y que cuando este la abandonó, dejó de tocar el piano y de dar pequeños conciertos. Ese día algo se rompió en su interior y, desde ese momento, la señorita Collignon se había dedicado a la docencia.

Si alguien le preguntaba por aquellos chismorreos, ella decía que eran cosas del pasado y no quería saber nada de ellos. Sin embargo, la señorita Collignon no se había casado nunca. Decía con frecuencia que sus hijos eran sus alumnos y que ya tenía suficiente, pues siempre la habían mantenido ocupadísima.

Vivía en el barrio de Gracia, muy cerca de la calle del Torrente de la Olla, entre una verdulería y una librería de

viejo que abría algunos días, si el propietario recordaba dónde había guardado la llave. La señorita Collignon tenía una vida discreta, pero nada aburrida. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, no paraba. Cada mañana iba a la escuela dando un largo paseo que la llevaba hasta la plaza de Lesseps, después tomaba la avenida de Mitre y subía por Balmes y, atajando por unas calles y por otras, llegaba a su lugar de trabajo. Su vida consistía en eso: dar clases, corregir los ejercicios, ocuparse de las labores domésticas, escuchar música cuando tenía tiempo y tomar el sol –si lo había– en su pequeño balconcito sembrado de geranios que daba al mar.

Ir al Liceo, si podía pagárselo, era para ella una celebración. Entonces, sacaba del armario el abrigo de pieles, si era invierno, o el vestido de color beis, si era verano. Se subía en el metro y se bajaba ante el teatro para gozar de una tarde durante la cual la música y los intérpretes se la llevaban muy lejos de su monotonía diaria. A lo largo de dos horas, escuchando una ópera o un concierto, la señorita Collignon era la mujer más feliz del mundo.

Sin embargo, para que nadie se lleve a engaño, hay que señalar que su existencia no era ni alegre ni triste. Era así porque ella había decidido quedarse en Barcelona por si un día el amor de su juventud –el mismo que la había abandonado hacía treinta años– decidía venir a buscarla.

–Si regreso a Francia –le decía con frecuencia a su hermano cuando este le preguntaba por qué no volvía a Orleans– no me encontraría. Aquí le será más fácil.

Por eso vivía en el barrio en el que había intimado con su amor secreto, el chico alto y espigado con el que había

coincidió en París y que la había convencido para que se fuera con él a Barcelona y que un día, poco después, le había dicho que ya no la quería, que sería mejor que lo dejaran. El chico se llamaba Ricardo Reguant; treinta años después, se había convertido en un famoso concertista de piano que cada año daba varias vueltas al mundo.

Quizá por este motivo, cuando la señorita Collignon leía que Ricardo Reguant –o *Mr. Richard Reguant*, como se le llamaba en muchos medios de comunicación extranjeros–, a pesar de ser hijo del barrio San Martín, había hecho esto o aquello, que había triunfado en el teatro La Scala de Milán o en el Metropolitan de Nueva York, Georgette Collignon –este era el nombre de pila de la señorita Collignon– sufría unos días llenos de melancolía y le parecía que la vida era muy injusta.

Entonces sabía que había llegado el momento de cambiar los conciertos de Mozart o las sinfonías de Beethoven por una música más alegre, como la de los Beatles o los Bee Gees de su juventud. Si el día era claro y brillaba el sol, Bach, Brahms o Mahler eran sus acompañantes preferidos. La única excepción a la música pop que se permitía era una rara afición a coleccionar todas las grabaciones de un cantautor catalán muy conocido llamado Lluís Llach. El joven la había fascinado desde el día de su primer concierto en Tarrasa, hacía un montón de años, y su *Viaje a Ítaca* era una de sus piezas favoritas.

Como he dicho, la señorita Collignon tenía sesenta y dos años y le quedaban tan solo dos para jubilarse. «Toda una vida dedicada a la docencia», pensaba ella con frecuencia. Se había incorporado como maestra a finales de

los años sesenta y en casi cuarenta años de vida profesional, las cosas habían cambiado muchísimo en las escuelas.

Para empezar, la dirección del colegio de la zona alta de Barcelona en el que trabajaba, decidió cambiar el uniforme escolar de faldita gris y jersey azul marino por ropa de calle. Después, el colegio, que durante más de un siglo había sido exclusivo para niñas, había pasado a ser mixto y habían empezado a llegar los pequeñuelos de acomodadas familias de San Gervasio y de la Bonanova. Con frecuencia, iban acompañados por sus padres en lujosos coches o por sus madres, emperifolladas y enjoyadas. Mientras los niños fueron pequeños, todo había sido bonito. Eran graciosos, corrían, jugaban por el patio y hacían toda clase de monerías. Pero hete aquí que los niños –como las niñas– tienen por costumbre crecer. Esto, que no gusta demasiado a las abuelas ni a las maestras, es exactamente lo que ocurrió con los párvulos de la escuela de la Bonanova. Los niños crecieron y la señorita Collignon, de la noche a la mañana, pasó de enseñar canto y música a un grupo de chavales de sexto, a hacer de domadora de leones de circo.

Esto sucedió cuando los dulces niñitos del parvulario subieron de curso año tras año, escalón tras escalón, y se convirtieron en unas pequeñas fieras que necesitaban pelearse, tirarse piedras o gritar continuamente.

Pero las cosas también habían cambiado en otro sentido. Desde hacía unos diez años se había producido un fenómeno terrible y aterrador, que ponía los pelos de punta a muchos maestros. La cosa había empezado en pequeñas dosis, como un grifo que empieza a gotear, pero pronto adquirió proporciones de inundación. Como si se tratara

de setas venenosas, empezaron a brotar niños y niñas que discutían con los profesores o les hacían la vida imposible y se comportaban mal en clase.

¡Incluso sucedió que un niño llegó a insultar a una maestra! El caso más grave y el que más quebraderos de cabeza dio a la dirección de la escuela fue el de un padre, reconocido empresario inmobiliario de la ciudad. Su hija, Petunia Sugranyes, había obtenido un «necesita mejorar» en la asignatura de Inglés. El hombre puso el grito en el cielo y armó la marimorena a la directora cuando fue a quejarse formalmente. Al parecer, el empresario había gastado mucho dinero contratando a una profesora particular procedente de Liverpool. Lo había hecho para que enseñara a su Petunia la correcta pronunciación anglosajona y el padre pretendía que se merecía un sobresaliente. En conjunto, pensaba la señorita Collignon, un disparate: el padre, la niña y la profesora de Liverpool.

En fin, no nos alarguemos con estas problemáticas y centrémonos en la historia que hay que contar. Ahora que ya conocemos a nuestra protagonista, es el momento de relatar los curiosos hechos que golpearon a la comunidad educativa del colegio de la Bonanova en el que la señorita Collignon había enseñado durante los últimos treinta y cinco años de su vida, desde que tenía veintisiete.

Todo empezó de la manera menos previsible, tal y como acostumbran a suceder estos acontecimientos: el día menos pensado y en el momento menos adecuado. Era una tarde, pasadas las dos. En la sala de profesores se encontraba un grupo de personas, de Profesionales, con mayúsculas, de maestros en definitiva, alrededor de unos termos

de café. Era la hora de comer y del vecino comedor llegaban los chillidos de los alumnos. También se oía algún grito más adusto de los monitores del comedor cuando algún crío lanzaba una croqueta a la mesa vecina o la escondía en la jarra de agua porque no le gustaba.

Los maestros habían terminado de comer y disfrutaban de un ratito de calma antes de regresar a clase y empezar a oler de nuevo a punta de lápices, a goma y a mandarina, o también a otros efluvios menos agradables, como los que producen los niños al regresar del patio tras haber jugado un buen rato.

Los problemas de comportamiento eran lo que más preocupaba a los maestros de aquel colegio. Con frecuencia, después de comer, se ponían al corriente de los chismorreos de la escuela o de los que llegaban de otros centros vecinos.

–Las cosas han cambiado muchísimo –decía Pilar Manlleu, la profesora de Lengua.

–¡Uf! ¡Sí han cambiado! –exclamó la veterana Mercedes Pijoan mientras removía su café con una cucharilla–. Fíjate que el otro día la pequeña de los Serra me preguntó, la muy descarada, que cuándo tendría los exámenes corregidos.

–Realmente, el horno no está para bollos –añadió un maestro que acababa de despertarse después de echar una cabezadita.

–Y esto no es nada –añadió Mercedes, haciéndose la interesante mientras sorbía el café–; si supierais lo que me han contado de una barriada de Badalona... ¡Es horrible!

Todos aguzaron el oído para escuchar qué era eso tan grave que había sucedido en otra escuela.

–Pues –susurró la confidente bajando el volumen– parece ser que la semana pasada, un alumno de secundaria sacudió una patada a la maestra de Dibujo porque no estaba conforme con la nota que le había puesto, y además le dijo que era una mala...

–¿Cómo? –se sobresaltó otra profesora–. ¡Hasta dónde vamos a llegar!

–Intolerable, ¿verdad? –murmuró la confidente–. Y aún podemos considerarnos afortunadas. Imaginaos que tuviéramos que ir a trabajar a barrios como el de la Mina o el Raval.

–¡Ay, calla, calla! –exclamó Pilar Manlleu alterada–. No seas pájaro de mal agüero.

La señorita Collignon también escuchaba la conversación, pero solo con una oreja, porque estaba leyendo una de las publicaciones periódicas sobre música que llegaban a la escuela. No lo hacía porque no le interesara lo que decían sus compañeros, sino porque ella a dos años de jubilarse, ya había visto de todo y sabía que lo que decían era cierto. Había una crisis de autoridad en las familias que se trasladaba a las escuelas de modo irremediable. Los padres estaban poco en casa; los niños, consentidos, conseguían lo que se les antojaba sin esforzarse; los abuelos tenían que hacer de padres y estos, con frecuencia, hacían de niños. «Todo es un despropósito», pensó releendo la programación de los conciertos del Palacio de la Música. Le vino a la mente el descalabro ocurrido en el Palacio meses antes, un desfalco muy importante que todavía coleaba, pero que ella esperaba que no afectara a la calidad de los conciertos que ofrecía. Parecía que no hu-

biera trigo limpio en aquel mundo tan democrático, acomodado y políticamente correcto en el que le había tocado vivir.

En eso estaba pensando cuando Rosa Llopart, la directora del centro, se le acercó y le susurró al oído:

–Georgette, cuando termine la jornada, pase por mi despacho, por favor. Viene el inspector y me ha dicho que quería hablar con usted.

La señorita Collignon se extrañó, pero no volvió a pensar en ello hasta más tarde. Tenía dos horas de clase con el grupo de sexto.

No oyó los comentarios de algunos maestros cuando salió del comedor de profesores y fue hacia el despacho para recoger sus libros.

–He oído que esta tarde viene el inspector a hablar con la Collignon –señaló uno de los maestros.

–Ya es mayor –le dijo Joana Riera, que trabajaba en la secretaría de la escuela y conocía el motivo de la visita–; ¿por qué no la dejan terminar? ¡Se jubilará dentro de dos años!

–Ya sabes cómo van estos asuntos, Joana... –repuso otra profesora antes de levantarse para ir hacia su aula.

Así que esa misma tarde, después de despedir a sus alumnos hasta el día siguiente, la señorita Collignon se dirigió hacia el despacho de la directora.

Durante los dos últimos años, solo la habían llamado al despacho de Rosa Llopart una vez, por lo que el hecho la preocupaba un poquito. No es que le extrañara, pero la había cogido desprevenida y –habría que añadir– un poco agotada, después de la clase de Francés con los de sexto.